

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.

(DE TRONCOSO.)

*Quæ stulta sunt mundi elegit Deus ut confundat sapientes ;
et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

Dios ha escogido á los necios segun el mundo para confundir á los sabios; y ha escogido á los débiles segun el mundo para confundir á los fuertes.

I. Corint. c. 1. v. 27.

Héroes del mundo! recibid en buen hora las ovaciones y aplausos que os ofrece la sabiduría carnal del hombre! Ornad vuestras sienas con las diademas que os teje la elocuencia de los Tulios y Demóstenes! Embriagaos con ese cáliz de gloria que os hace apurar hasta las heces un siglo entusiasta hasta el delirio por los poéticos ensueños de la mitología! No es á vosotros á quien vengo á celebrar en esta mañana. Si tal intentara, veríame precisado á evocar los títulos de gloria que reconoce el mundo en sus hombres ilustres. El brillo de vuestra cuna, los nombres de vuestros ascendientes, los monumentos de vuestro ingenio, vuestros talentos y saber, vuestro valor, y la elevacion de vuestros sentimientos, serian indispensablemente el asunto de mi oracion. Á esto se limita la grandeza y el heroísmo del hombre que aspira al imperio de la mentida inmortalidad, que ofrece el mundo á los que le rinden vasallaje.

El héroe que hoy vengo á elogiar á nombre de la religion y de la fe, es de un órden muy diverso. No busqueis en él los dotes de la naturaleza, ni esos resplandores que deslumbran los ojos carnales de los hijos de los hombres. Nada en él hallaréis que no sea vulgar, y aun despreciable segun las ideas que la sabiduría mundanal forma de la grandeza de los suyos. Un pes-

gador pobre y oscuro que solo cuenta con los recursos que le proporciona su industria, y cuyos tesoros son una barca y unas redes; un hombre ignorante é iliterato, que jamas conoció la filosofía del Pórtico ni del Areopago, cuya ciencia está limitada á las máximas que ha recibido del Crucificado, tal es el apóstol san Bartolomé, el héroe á quien la iglesia consagra hoy cultos sublimes, himnos de triunfo, y cánticos de alabanza perpetua.

¿Y cuáles son, me diréis, los títulos de grandeza que admirais en ese hombre? ¿Qué es lo que obliga al cristianismo á hacer resonar bajo las augustas bóvedas esos acentos de gloria? ¿En qué consiste su heroísmo? ¡Admiraos, hombres carnales, llenaos de asombro, oh sabios del siglo! Vosotros juzgais que un hombre ignorante es incapaz de elevarse á las grandes acciones que inmortalizan el nombre y hacen gloriosa la memoria de los genios sublimes, creéis que un ser débil no es á propósito para acometer aquellas empresas arduas que caracterizan el heroísmo del valor y de la fuerza. Ah! Os engañais; en los designios de Dios la ignorancia es sabiduría, y la debilidad es fortaleza. Para los que han sido llamados á la fe, bien sean judíos, bien sean griegos, Jesucristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (1). ¿Y quién no ve en nuestro santo apóstol un testimonio irrecusable de esta gran verdad? Nada mas ignorante segun el mundo que un hombre que jamas supiera otra cosa que tender una red y dirigir una barquilla por las aguas del mar de Galilea. Nada mas débil que un hombre que nunca habia salido del techo paterno, ni habia conocido el semblante de Marte, ni empuñado otras armas que el timon. Tal era el hijo de Tolmaí ántes de ser llamado por el Hombre-Dios, para ser una de las columnas del grandioso edificio que se propusiera alzar sobre las ruinas de la ciencia y fortaleza de un mundo idólatra, á quien venia á confundir con la ignorancia y debilidad de la cruz. Pero tan luego como le asoció al número de sus apóstoles, tan luego como le llenó de los dones de su espíritu divino, ¿qué es lo que veis en él? Contempladle con los ojos de la fe; miradle á la luz de la religion, y os llenareis de pasmo á vista de la transformacion prodigiosa que en él se ha obrado. Bartolomé es un héroe; y no así como quiera, sino un

(1) *I. ad Corinth. c. 1. v. 24.*



héroe en sabiduría, un héroe en valor y magnanimidad. Su ciencia es superior á la de todos los sabios del paganismo : porque es la ciencia del mismo que le ha escogido para dar testimonio de su divinidad en toda la tierra. Su fortaleza es de todo punto mas heróica que la de los hombres mas valerosos ; porque es la fortaleza del que le ha enviado á sojuzgar á una gran parte del universo al imperio de la cruz, ante quien debe arrodillarse todo el poder de los césares y de los tiranos. Ved ahí el carácter de grandeza que la religion descubre en el santo apóstol á quien hoy solemniza, y la que va á formar el asunto de mi discurso. En él vereis un hombre que predicando á Jesucristo confundió la sabiduría del mundo : y muriendo por Jesucristo, confundió la fortaleza de este mismo mundo. *Quæ stulla sunt mundi elegit Deus ut confundat sapientes : et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

¡Oh Dios de la ciencia y del valor, que de los tesoros de vuestra grandeza sacais elementos á propósito para el desempeño de vuestros inefables designios, si quier sean ellos los mas ineptos á los ojos de un mundo que desconoce los secretos de vuestro poder! Haced brillar tambien ahora vuestra magnificencia en este ignorante y débil hijo del polvo, comunicándome las luces necesarias para elogiar dignamente en vuestro siervo las grandezas de vuestro nombre. Nada puedo sin vuestro auxilio, y por eso le imploro humildemente por la mediacion de la Virgen hermosa y pura que escogiste para madre de vuestro Unigénito, saludándola con las sublimes palabras con que el ángel la anunció su maternidad. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

¿En dónde están los sabios? ¿en dónde los escribas y doctores? en dónde esos espíritus curiosos que investigan los secretos de la ciencia? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo? Estas palabras del insigne Apóstol de las gentes (1) no son, señores, una vana declamacion hija del orgullo, sino una verdad que el cristianismo demuestra

(1) *I. Corinth. c. 1 v. 20.*

palpablemente donde quiera que ha llegado á penetrar por medio de sus apóstoles. Siglos y siglos hacia que la ciencia carnal del hombre, extendiendo sus doctrinas de muerte por toda la tierra, venia luchando contra la ciencia de Dios. Desde que el primer habitante del globo, infatuado con las ideas que le sugiriera el genio de la rebelion, aspiró á penetrar los arcanos del bien y del mal, el entendimiento humano quedó oscurecido con las tinieblas del error; el error se declaró enemigo de la verdad; la verdad perdiendo siempre algo de su primitivo imperio, llegó al fin á verse esclavizada por la injusticia; las nociones de la divinidad halláronse mezcladas con mil ingeniosos delirios; la ciencia del mundo no vino á ser mas que un tegido de fábulas y de mentiras, origen fecundo de crímenes inauditos que hacian ruborizar á la humanidad. Sin embargo esta ciencia contaba en el mundo con el prestigio de todo cuanto en él habia de grande y poderoso. Filósofos, oradores, sacerdotes, príncipes, reyes, todos eran sus adeptos ó mas bien sus esclavos. Los ritos, las leyes, las costumbres, los sacrificios eran conformes á sus máximas. Ella en fin dominaba á todo el universo, cuando el Cristo se dejó ver en medio de los hombres en la plenitud de los tiempos.

Érase á la sazón la floreciente época de las letras. Los mas bellos ingenios tenian suspensa la atencion de los hombres. La poesía y la elocuencia brillaban en mil producciones que se disputaban el triunfo : cuando he aquí que el Hijo de Dios, inaugurando una nueva era de luces y de ilustracion hasta entonces desconocidas del mundo, cambia la faz de la tierra y obra una prodigiosa revolucion en las ideas y en las costumbres. Escoge doce hombres del pueblo; los inicia en sus misterios; imbúyelos sus máximas, y los envía á enseñar á todos los hombres en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Llegado es el momento de dar principio á la grande obra. El Cristo ha muerto en una cruz, víctima del encono de un pueblo que no ha querido recibir su doctrina; pero resucitando glorioso, ha enviado á los suyos el divino Paracleto; los ha llenado de la ciencia del cielo, y fortalecido sus almas contra las persecuciones y la muerte. Ya el colegio apostólico se ha dispersado; cada cual se dirige hácia la provincia que le ha tocado en suerte para llevar la luz del Evangelio. La Licaonia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia son el terreno re-

servado para san Bartolomé : allá va á confundir la ciencia del mundo con la ignorancia de la cruz.

Ignorante de las leyes y costumbres de los pueblos á que es enviado, introdúcese en ellos nuestro apóstol, armado con el evangelio de san Mateo, único libro en que ha aprendido, y con el cual se propone hacer frente á los libros y máximas del paganismo. ¿Qué intenta ese hombre sencillo y rústico? ¿Pien- sa por ventura que es tan fácil rendir unos entendimientos acostumbrados á no prestar su asentimiento sino á las doctrinas de sus poetas y filósofos, desterrar unas creencias autorizadas por su religion y sostenidas por sus sacerdotes, hacer olvidar unos dioses á quienes han visto en la cuna desde su infancia, y han aprendido á invocar desde que sus lenguas supieron articular su nombre? Mas no, no es en su ciencia en la que confía Bartolomé, sino en la ciencia del que le ha dicho : « Cuando estuvieres en la presencia de los reyes y magistrados, « no discurras de antemano lo que hayas de hablar, pues yo « pondré palabras en tu boca, y te daré una sabiduría á que no « podrán resistir ni contradecir todos tus enemigos (1). »

Esta ciencia es la que Bartolomé hace brillar donde quiera que fija su pié. ¡Oh qué prodigios tan inauditos se obran por su predicacion! Al solo eco de su voz crujen los cimientos de la idolatría; disípanse las preocupaciones; el orgullo, la ambicion, las pasiones mas vivas é indomables del corazon humano ceden á una fuerza desconocida; los mas incrédulos abrazan la fe; los mas soberbios se humillan; los mas viciosos adoptan las virtudes austeras del Evangelio; los émulos mas encarnizados de la cruz adoran al Crucificado, y la falsa sabiduría de los filósofos y doctores sufre la mas completa derrota. Hasta las mismas divinidades estúpidas que encierran los templos se transforman en pregoneros de las grandezas del Dios del Calvario. Astarot queda mudo en presencia de Bartolomé, y no puede pronunciar sus oráculos: Berit confiesa que la causa de este silencio es aquel extranjero que adora á Dios cien veces al día y otras tantas á la noche, rodeado de una multitud de espíritus celestiales que le defienden; y todo el pueblo conmovido á vista de los portentosos efectos de sus palabras, reconoce en Bartolomé un hombre enviado del cielo para remediar toda

(1) *Luc. c. 21. v. 14 y 15.*

suerte de males, y solazar las miserias de todos cuantos gimen en la esclavitud del demonio.

¿Quién pues no admirará el triunfo de la sabiduría de Dios sobre la sabiduría del mundo, en este cambio repentino de ideas que se obra en aquellos países idólatras por la predicacion de nuestro apóstol? Al ver á un hombre sin prestigio ni poder, presentarse en unas regiones desconocidas, anunciando que no hay mas Dios que aquel que acaba de espirar en Jerusalem cargado con todo el peso de la indignacion y del odio de aquella ciudad tumultuosa, y que todas las divinidades que adoran no son sino espíritus maléficos, ó seres inanimados incapaces de escuchar las plegarias ni de dispensar favores, ¿qué hubieran pensado los hombres de nuestro siglo, que, idólatras del humano saber, se burlan de la simplicidad de la fe y desprecian la ignorancia de los humildes discípulos de la cruz? Vosotros, espíritus arrogantes, que tanto tiempo há trabajais por sojuzgar al universo al imperio de vuestras doctrinas, sin que hasta ahora hayais podido realizar vuestra ideal regeneracion, ¿qué hubierais dicho de un hombre que sin educacion científica, sin talento, sin el arte de persuadir, se propone nada ménos que formar una nueva sociedad, crear nuevos hombres, establecer nuevas doctrinas, y basar un nuevo culto sobre el culto envejecido de los ídolos que siglos y siglos han respetado, y que pasiones fuertes han entrañado, por decirlo así, en el fondo de unos corazones duros, de unas almas altamente supersticiosas? Indudablemente hubiera sido para vosotros un motivo de burla y de desprecio. Qué! hubierais dicho, ese hombre está dementado! ¿Á dónde le conduce su fanatismo? ¿Es acaso un asunto de poca importancia sustituir la creencia de una divinidad, cuyo nombre es casi desconocido en el mundo, á la de unas divinidades domésticas, á quienes los hombres están acostumbrados á ver diariamente y ante cuyas aras se ofrecen á cada instante sacrificios y libaciones? ¿No hay mas que persuadirles que las doctrinas de sus sacerdotes y de sus filósofos son ensueños ridículos, y que solo las máximas de un hombre que ha muerto con deshonor entre malhechores son las únicas que encierran la verdad y prometen la vida y la felicidad á los mortales? Esto hubierais pensado al contemplar á Bartolomé en medio de aquellos gentiles predicando la locura de la cruz. Y sin embargo, él obtiene resultados que llenan de pasmo el en-

tendimiento del hombre, y confunden las menguadas ideas de la ciencia. Yo le veo correr de ciudad en ciudad extendiendo por donde quiera que pasa las luces puras del Evangelio, convirtiendo pueblos enteros á la religion de Jesucristo, sojuzgando á la nueva ley á los reyes y á los magistrados; veo que sin aparato alguno de elocuencia se insinúa en los entendimientos, rinde los corazones, persuade las grandes verdades necesarias para la salvacion, establece los dogmas que mas se resisten al orgullo y á las pasiones, y hace adorar al Dios despreciado en Jerusalem y crucificado en el Gólgota; veo que, sin poseer los secretos de la filosofía de los griegos, ni la facundia de los oradores de Roma, arrastra en pos de sí el asentimiento universal y el convencimiento íntimo de cuantos le escuchan; le veo zanjar los fundamentos de una moral hasta entónces desconocida, establecer los principios eternos de unas costumbres opuestas á las que hasta entónces se habian practicado, y hacer amar unas virtudes, acerca de las cuales los hombres mas sabios no habian sabido mas que disputar.

¿No es esta, católicos, una victoria admirable? ¿No es este el triunfo mas completo de la sabiduría de Dios sobre la sabiduría del mundo? ¿Qué gloria mas positiva, qué grandeza mas ilustre puede concebirse que la de un hombre que, desprovisto de todos los recursos del mundo, se lanza en medio de unas naciones ciegas, supersticiosas, y por lo mismo fieras é indomables, las muestra una imágen del hombre Dios, las dice que él solo es quien debe recibir adoraciones, y á su voz ve al grande, al pequeño, al sacerdote, al anciano, arrodillarse en presencia de aquella nueva divinidad y confesar que no hay otro Señor fuera de él en el cielo y en la tierra? ¿Obtuvo jamas un resultado tan feliz la sabiduría del siglo? Licurgo que dió sus leyes á Lacedemonia, Solon que dominó con el ascendiente de sus doctrinas á Atenas, Tulio, Caton y los genios mas brillantes que conoció la antigua Roma, ¿llegaron á poseer esa fuerza persuasiva que arrastra el entendimiento humano, y cambia las ideas mas arraigadas, cuando estas están relacionadas con las creencias que el hombre recibiera con la educacion desde el pecho de la que le dió el ser? Dejemos empero, católicos, comparaciones inútiles. Los hechos son mas poderosos que las razones para demostrar la verdad; y ellos dan testimonio de que Bartolomé fué un verdadero apóstol, designado por el cielo pa-

ra confundir con su ignorancia la falsa sabiduría del mundo. Esas regiones que él iluminó con las luces puras del Evangelio, esas iglesias que fundó sobre las ruinas del paganismo, esos sacerdotes que dejó herederos de su fe y de su espíritu, los copiosísimos frutos de virtud que hizo brotar sobre todo en la Armenia, teatro principal de su apostolado, bastan para caracterizarle como un héroe de sabiduría celestial y divina. En vano el hombre pretenderia explicar los prodigiosos efectos de la predicacion de nuestro santo apóstol, sin recurrir al poder de la gracia que doblega los corazones, y convierte las almas cuando place á su divino autor desplegar los senos de su sabiduría, y hacer ostensible su grandeza infinita por el ministerio de sus mas débiles criaturas. ¡Qué es el hombre por sí solo sino un gusano que arrastra por el polvo, para volver un día al polvo de donde saliera? ¿Qué eficacia tendrian sus palabras si el que le dió una lengua capaz de pronunciar algunos términos, no le comunicase tambien la virtud de insinuarse en la inteligencia de sus semejantes?

¡Vos solo, oh Dios infinitamente sabio, que poseéis los tesoros de la ciencia del cielo, y haceis nacer la sabiduría del seno de la mayor ignorancia, para que sirva á los designios de nuestra gloria, hicisteis á vuestro apóstol depositario de una parte de vuestro eterno saber, para que confundiese la falsa ciencia del mundo! Queríais, Señor, hacer ver á los hombres que á vos únicamente pertenece la divinidad; queríais arrancar de sus ojos el velo que les cubria; enseñarles las verdades eternas y establecer vuestro reino sobre la tierra, como lo prometisteis por vuestros profetas. Para que solo á vos se atribuyese la gloria de este triunfo, elegisteis, no á los genios orgullosos, no á esos hombres hinchados con la vanidad de su ciencia carnal, sino á unos seres humildes é ignorantes, á unos hombres á quienes el mundo miraba como viles y despreciables por la oscuridad de su condicion y lo menguado de sus talentos. Entre ellos llamasteis á Bartolomé, hicisteisle un heraldo de vuestra divinidad, pregonero de vuestro Evangelio, y predicador de la cruz: y él con la ignorancia de la cruz y del Evangelio disipó los nublados del error que cubrian á los pueblos idólatras, desterró el culto de los falsos ídolos, convirtió á los filósofos, y estableciendo con su predicacion la religion del Cristo, donde quiera que hizo resonar su voz llena de la sabiduría